

Tributo a Mariano Yela: La Vigencia de un Legado

Carlos Yela

Universidad Complutense de Madrid

Hace ahora 25 años (¡un cuarto de siglo; se dice pronto!), escribía una breve semblanza sobre mi padre, Mariano Yela, a modo de homenaje, coincidiendo con el primer aniversario de su (premature) fallecimiento (Yela, 1996). Lo hacía desde su despacho, rodeado de todos sus libros, manuscritos, fotografías y recuerdos. Dos décadas y media después, conmemorando su centenario, me encuentro en la misma tarea. El tiempo ha pasado, la casa ya no es nuestra, los libros están repartidos entre la biblioteca de la Facultad, mi despacho y mi casa, pero los recuerdos siguen intactos, y gracias a iniciativas como esta de *Psicothema*, compruebo que también lo están para la Psicología española. En este tiempo, el mundo, la sociedad y la propia universidad han cambiado. Para algunos demasiado, para otros demasiado poco. Para algunos a mejor, para otros a peor. Seguramente todos tienen parte de razón. Pero, en todo caso, ¿qué ha quedado de cuanto decíamos sobre Don Mariano entonces? ¿Qué permanece de lo que podemos llamar, sin ambages, su legado? ¿Qué hay de vigente en sus propuestas, en el siglo XXI? Mi impresión, para ir sin rodeos, es que todo, o casi todo, sigue teniendo plena vigencia y, en algunos casos, hasta exuberancia. En lo que sigue, destacaré alguna de esas aportaciones.

Revisaremos la vigencia de sus principales aportaciones, teniendo en cuenta diferentes facetas de su producción y legado: científica y de investigación, gestora, docente, y personal o humana.

Faceta científica y de investigación

Y, para empezar por algún lado, subrayemos lo que fue su principal argumento en el –podríamos decir, ya famoso– discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (sabido es que no existía una Academia de Psicología como la que sí existe actualmente): la importancia radical del estímulo (de la situación, en definitiva) como motor de la conducta humana, pero al tiempo la importancia radical del sujeto para percibir de forma “subjetivamente significativa” ese estímulo y responder a él (Yela, 1974). No podemos entender de ninguna forma la conducta humana, pues, si no tomamos seriamente en consideración ambas partes de la fórmula, el sujeto y la situación. Y aunque dicho así,

parece algo de Perogrullo, una y otra vez leemos y escuchamos, en la calle, en el bar, en la prensa, en la TV, en internet (y alguna vez –¡ay!– en publicaciones especializadas, por muy JCRs que sean –¿o quizá precisamente por eso?–), afirmaciones reduccionistas que, sin el menor pudor, prescinden automáticamente del sujeto, o, más frecuentemente, soslayan de forma sorprendente el poder de las situaciones sociales como agentes causales de nuestro comportamiento. Pues bien, esa importancia radical de la *percepción* es uno de los pilares fundamentales del paradigma cognitivo predominante en la actualidad.

Otra de sus principales aportaciones fue, como es sabido, la introducción en España de la técnica del análisis factorial, que sigue utilizándose con mucha asiduidad en la actualidad, como herramienta empírica para simplificar una realidad abstracta y compleja en una serie de –generalmente unos pocos– factores esenciales, desde los que poder captar de forma sucinta la naturaleza esencial de esa realidad estudiada (sea esta la inteligencia, la timidez, la envidia o el amor). Ciertamente es que los cálculos complejos que ello conlleva ya hace tiempo que no se hacen a mano, sino mediante paquetes de software estadístico, pero no lo es menos que en sus textos aún podemos encontrar excelentes explicaciones acerca de aquello en lo que consiste y lo que significa (Yela, 1957), asuntos imprescindibles si hemos de aplicar la técnica con un mínimo sentido.

Por lo que respecta a la Psicología de la inteligencia, uno de sus principales campos de investigación, su Teoría del Continuo Jerárquico Heterogéneo de Covariación (descrito con detalle principalmente en Yela, 1987a) supuso un apunte claro en relación a la compatibilidad entre los factores múltiples de Thurstone (con quien, recordemos, Yela trabajó durante un tiempo en Chicago) y el factor *g* de Spearman, algo de lo que ya había recogido pruebas empíricas en sus primeros trabajos, casi 40 años antes (Yela, 1949). Y, según todos los indicios, ese modelo sigue siendo muy válido en la actualidad.

Sobre su aportación a la Psicología del Trabajo, mi hermana y yo publicamos no hace tanto un trabajo específico sobre el tema (Yela y Yela, 2009). Sobre su vigencia, personajes tan ilustres como Forteza (1995) o en este mismo número Helio Carpintero, la han puesto sobradamente de relieve. Desde el punto de vista aplicado, es también conocida su labor de creación de cerca de un centenar de test (como el Otis-Yela de inteligencia general, el test de Instrucciones Complejas, el ambidestrografo) y la adaptación a la población española de más de medio centenar de test (tan conocidos como el D48, el PMA, el DAT, el WAIS, las matrices de Raven, el test de “las caras” de Thurstone, etc.). En este sentido

Corresponding author: Carlos Yela
Facultad de Psicología.
Universidad Complutense de Madrid
28223 Madrid (Spain)
e-mail: cyelagar@ucm.es

hay que subrayar que buena parte de ellos sigue utilizándose en tareas investigadoras y aplicadas (selección de personal, pruebas psicométricas en oposiciones).

En el área de Psicología de la Vejez, a la que dedicó buena parte de sus energías los últimos años de su vida (etapa que, ironías –cruelles– de la vida, paradójicamente apenas pudo disfrutar), Yela siempre insistía en que junto a las conocidas pérdidas físicas, psicológicas y afectivas que pudiera haber, también había una cara –cuando menos potencialmente– positiva de oportunidad (Yela, 1979, 1989, 1991), y esa idea es uno de los núcleos centrales de la investigación psicológica actual. Como siempre insistía, habíamos conseguido añadir “más años a la vida”; ahora debíamos procurar añadir “más vida a los años”.

Por otro lado, y como también es sabido, Don Mariano nos dejó un importante legado en otras áreas diversas de la Psicología, desde la Historia de la Psicología y las Ciencias Humanas (en la Historia de España de Menéndez Pidal; Yela, 1994a) –algo que difícilmente pierde vigencia– hasta la Epistemología, uno de cuyos últimos trabajos se hace eco de asuntos que hoy vertebran los análisis sobre el positivismo y el posmodernismo (Yela, 1994b). Lo que en ese trabajo se baraja, sin lugar a dudas, sigue siendo de crucial importancia en la actualidad. No puedo dejar de recordar su insistencia en la importancia de la imaginación de cara a la formulación de hipótesis (teóricas), y del máximo rigor de cara a su comprobación (empírica). En este sentido, y como fundamento último del conocimiento psicológico, jamás cesó de advertir sobre la necesidad de superar estériles y espurias dicotomías, en pos de una integración bien entendida, dada su insoslayable interacción. Así lo afirmó explícitamente respecto a las supuestas disyuntivas entre personalidad y situación (Yela, 1974), herencia y ambiente (Yela, 1981) o libertad y determinismo (1986). Esa advertencia, me temo, sigue siendo muy necesaria hoy en día, pues en general parece que seguimos teniendo esa tendencia a ver esas interacciones como polos opuestos, y a tratar de explicar la realidad optando por un extremo o por el otro. También, en este sentido, siguen teniendo plena vigencia aquellos tres calificativos con los que Yela “apelidaba” a la Psicología a finales de los 80: “pletórica, frustrante y dividida” (Yela, 1987c, 1989). Ya sabemos: pletórica en cuanto a sus múltiples desarrollos académicos, investigadores y aplicados; frustrante por cuanto rigor y relevancia suelen estar reñidos; y dividida en escuelas, paradigmas, corrientes, metodologías, etc.

Naturalmente, no toda su obra habría de seguir plenamente vigente. Es obvio que el tiempo ha pasado y algunas de las ideas de Don Mariano podrían haber quedado parcialmente obsoletas o ser ampliamente discutidas hoy. A veces en las formas (como en su opúsculo sobre Educación y Libertad, escrito en los 60, en un inequívoco contexto social de nacionalcatolicismo), y otras en el fondo, como su insistente defensa del salto cualitativo inequívoco entre el hombre y (el resto de) los animales (Yela, 1970, pero también 1992). Hoy contamos con muchos más datos que entonces para poner en tela de juicio tal demarcación radical. Sea como fuere, es indudable que la formación humanista cristiana de Yela tuvo un peso decisivo en toda su obra: su fundamentación filosófica y antropológica, su defensa última del libre albedrío, su apuesta clara por la construcción de un sentido vital como fundamento esencial de la existencia humana (Yela, 1987b), y su inequívoca religiosidad (que aparece explícitamente en su última obra; Yela, 1994c). Pero independientemente de épocas y valores, como me confesaba también otro maestro recientemente fallecido, Jiménez Burillo (Floro), quien –como yo– también discrepaba en

alguno de estos puntos con Yela, uno siempre podía apreciar rigor, profundidad, inteligencia y respeto en sus aseveraciones. Eso ya no sé si está tan vigente en nuestros días

Para concluir con esta breve síntesis acerca de la vigencia de la labor científica e investigadora de Yela en la psicología actual, quiero comentar, sucintamente, una última cuestión. Hay una idea que rondó por la cabeza de nuestro autor a lo largo de su vida, como lo reflejó en diferentes trabajos (p. ej., Yela, 1967, 1979, 1980, 1989), y que tenía pendiente investigar más a fondo. Finalmente, no pudo hacerlo. Sus innumerables compromisos de gestión, y su incapacidad para decir no a las constantes demandas de conferencias o de intervenciones escritas en este o aquel acto o publicación, se lo impidieron. Se trata, a grandes rasgos, de lo que denominó “actitudes radicales”, puesto que constituyen “la raíz primera de la personalidad”. Y, a su juicio, pueden clasificarse en dos grandes tipos: las actitudes de apertura y las actitudes de clausura. Estas actitudes comenzarían a preformarse desde muy temprano –y continúan desarrollándose a lo largo de todo el proceso de socialización, aunque “no se cambian fácilmente” (Yela, 1980, 40)–, en función de la estimulación, atención, cuidados y modelos de conducta y de afrontamiento de problemas que reciba el niño –y luego el adulto– (y, quién sabe también si comportan alguna predisposición genética), y van conformando una forma peculiar de enfrentarse a los demás y al mundo. Como repitió Yela en diversos lugares, “el hombre no va a las situaciones en total imparcialidad e indiferencia; lleva a ellas una predisposición” (Yela, 1967, 50). Es cierto, como nos muestra rotundamente la Psicología Social (y la propia Historia de la Humanidad, plagada de actos crueles cometidos por personas temporalmente “desindividualizadas”), que en muchas ocasiones la situación tiene más peso que esa predisposición personal, y nuestro comportamiento resultante está modulado básicamente por el poder de la situación. Pero no lo es menos, que eso no sucede siempre, y que la percepción de la situación (a lo que, de hecho, responde el ser humano) depende en buena parte de esa predisposición, de ese sujeto que percibe (y responde). De este modo, las personas con una actitud de apertura tenderían a aceptar la realidad y a abrirse a ella (de ahí el nombre), y a percibir las dificultades como problemas a resolver, y oportunidades para cambiar y prosperar. Por el contrario, las personas con una actitud cerrada o de clausura, tenderían a renegar de la realidad y a cerrarse ante ella; a percibir las dificultades como amenazas de las que defenderse, lo que dificulta su adaptación y desarrollo personal.

Las principales actitudes de apertura serían, según su etimología griega, la *eupatía* (sentirse valioso, seguro, estimable; una suerte de atracción hacia el propio yo), la *simpatía* (sentir que los demás merecen la pena; una suerte de atracción hacia los demás, en general), la *autonomía* (sentirse capaz por uno mismo, independiente –por más que vinculado–), y la *anástasis* (sentirse animoso, que merece la pena el esfuerzo de vivir; una suerte de atracción hacia el mundo y la vida). Las actitudes de clausura estarían constituidas por sus contrarias, respectivamente: *cacopatía*, *dispatía*, *heteronomía* y *catástasis*. En ningún lugar (al menos que yo haya podido comprobar, y doy fe que he indagado en ello) se cita explícitamente y de forma concreta la procedencia exacta de estas ideas. Parecía razonable sospechar que provinieran de Zubiri, una de las referencias principales de Don Mariano, pero me temo que tampoco es así, más allá de la alusión general del filósofo donostiarra a las actitudes de apertura al mundo y a los demás. Por tanto, parece plausible que, en buena parte, sea elaboración suya propia, con mimbres de aquí y de allí. Lo que sí

aparece en diversos lugares es la ausencia de estudios empíricos que evaluaran estas propuestas (hipótesis, si se quiere), y la importancia de llevarlos a cabo. Precisamente los meses previos al infarto que acabaría con su vida comentó más de una vez la idea de ponerse a la tarea. No pudo ser.

Sin embargo, también este estudio es algo que no ha perdido vigencia, no solo por la importancia constante del tema (no pasajera, no circunstancial, no circunscrita a un momento histórico), sino por la existencia de una línea de estudios relativamente recientes y notablemente emparentados, como los de Hazan y Shaver (basados a su vez en los de Bowlby y Mary Ainsworth) sobre estilos de apego adultos (ver, por ejemplo, Franzoi, 2007): seguro (alta autoestima y confianza en los demás, que en nuestro caso podrían traducirse quizá como altas eupatía y simpatía), temeroso-evasivo (lo que Ainsworth llamó “ansioso-ambivalente”: seguramente bajas eupatía y simpatía), desdeñoso-evasivo (el “evitador”, en la terminología de Ainsworth: posiblemente alta eupatía y baja simpatía) y el preocupado (hipotéticamente baja eupatía y alta simpatía). Otros estudios, como el de Velado (2014), citan explícitamente a Yela como fuente primordial de estas ideas y estos conceptos. En este sentido, un interesante programa de investigación podría consistir en la indagación acerca de la existencia (como entidades explicativas y con validez de criterio) de las 8 dimensiones mencionadas, su evaluación, y su relación con variables clave como la satisfacción (felicidad), los Big Five, los sesgos cognitivos y los propios estilos de apego infantil y adulto recientemente comentados.

Faceta de gestión y docencia

Como saben todos los que le conocieron (ya personalmente o a través de otros), si fructífera fue su labor científica e investigadora, no lo fue menos su esfuerzo gestor, hasta el punto de ser considerado de forma unánime como uno de los padres (re)fundadores de la Psicología científica en nuestro país. Su labor de institucionalización de la Psicología en España ha sido reconocida ya en múltiples ocasiones. Lo que habría que añadir es que él nunca tuvo vocación gestora, pero sí un gran sentido de la responsabilidad, que le llevaba a aceptar cargos y a desarrollar proyectos organizativos que no deseaba pero entendía eran necesarios para el desarrollo de nuestra Psicología como ciencia y como profesión. Esa labor, podemos afirmar, se hace vigente y palpable en el vigor y exuberante desarrollo actual de ambas –ciencia y profesión– en nuestro país. Por citar solo las instituciones de las que fue fundador o cofundador, encontramos organismos tan ilustres y relevantes en el desarrollo –pasado y presente– de la Psicología, como el Departamento de Psicología Experimental del CSIC (1948), la Sociedad Española de Psicología (1952), la Escuela de Psicología y Psicotecnia de la UCM (1953), o el Instituto de Ciencias del Hombre (1973), entre otros. Conocido es también su decisivo papel en la implantación de los estudios universitarios de la Licenciatura de Psicología, y la puesta en marcha de la propia Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Por otra parte, su papel en el desarrollo y consolidación de TEA (Técnicos Especialistas Asociados), la principal empresa de test psicológicos en nuestro ámbito, ha sido puesta de relieve por diversos autores con anterioridad (p. ej., Pereña, 2007). Los frutos de todo ese trabajo están hoy más vivos que nunca.

Respecto a la vigencia de su labor docente, aún permanecen en activo muchos de los que fueron sus alumnos, ahora profesores, y seguramente muchos de ellos (de algunos me consta a ciencia

cierta) han recogido, asimilado y difundido muchas de las ideas de Yela que mencionábamos antes, que él transmitiera en sus clases, y que ahora son transmitidas a su vez por quienes un día fuimos sus alumnos. Es otra manera –preciosa, si se me permite la licencia– de hacer que una obra continúe vigente. Como recordaba María Teresa Anguera: “... resonará siempre en nuestros oídos su inconfundible voz, grave y solemne en las conferencias, cálida e intimista cuando aconsejaba o sugería a cada una de las personas que a él acudían, fuesen o no discípulos. No en vano había ese acuerdo tácito, pero unánime, de multitud de personas en buscarlo, pues sabían que D. Mariano les daría la respuesta adecuada, les indicaría una orientación válida para su trabajo, les animaría en su agobio... Su bondad afloraba con creces, y ese es también su legado” (Anguera, 1995, 436).

Finalmente, aunque confieso que ignoro si siguen siéndolo en la actualidad, me consta que al menos hasta hace muy pocos años (e imagino que eso no habrá cambiado), sus famosos “apuntes de Psicometría y Estadística” (inéditos), de los que hizo innumerables versiones, seguían siendo un referente fundamental para muchos estudiantes de la carrera.

Faceta personal-humana

Permítaseme acabar estas breves palabras con algunas alusiones de corte más íntimo o personal, subrayando algunas cosas que creo no haber comentado en otras ocasiones. Una de las cosas que más repetía Don Mariano era la importancia superlativa de la “discrepancia en concordia” (en este sentido, como él mismo comentó, la vivencia directa de actos de extrema crueldad por ambos bandos durante la Guerra Civil –evidentemente no es este el lugar para cuantificar el horror cometido por los defensores del orden constitucional y por los golpistas– tuvo un impacto decisivo en su personalidad): que la discrepancia de opinión no implique ni signifiquis discordia, malestar, enfrentamiento; y, paralelamente, que la concordia no requiera necesariamente la concordancia –o, más frecuentemente, la ignorancia– con las actitudes del otro. Ser capaces de debatir la idea y respetar a la persona, ser capaces de no sentir como ofensa personal la discusión de nuestras ideas. Acudir a la conversación con el ánimo de encontrar la verdad o la razón, en lugar de con el ánimo de convencer al otro de que la verdad y la razón ya estaban desde el principio de nuestra parte. Eso, desde luego, no implica ni significa inseguridad ni pusilanimidad (como seguramente hoy tenderíamos a creer); más bien todo lo contrario. Como dijo de forma muy acertada Forteza (1995, 559): “Mariano nunca aceptó que lo avasallaran”. Esto último –no tanto la capacidad de discrepar en concordia, confieso– creo que sigue vigente en mí, y me temo que más de un disgusto me ha costado. Naturalmente, la discrepancia en concordia ni es sencilla, ni frecuente. Pero no hay duda de que la importancia de ello está más vigente que nunca (o, cuando menos, tan vigente como siempre).

Algo que quizá no se ha subrayado suficientemente, en las ocasiones en las que se ha hablado sobre su faceta personal, es su sempiterna socarronería, su fina ironía, que, por supuesto, incluía hacerse chanza de sí mismo. De forma clara, cuando pienso en él, lo primero que me viene a la cabeza es su expresión cuando comentaba algún asunto con esa peculiar sorna que le caracterizaba. Sin duda los que le tratasteis sabéis bien de qué estoy hablando. Y era, desde luego, una socarronería benevolente, desprovista por completo de malas intenciones. También varios de vosotros habéis escrito en diferentes lugares sobre su proverbial bondad. En este

sentido, no tengo duda de que puedo hacer mía su frase: “lo que en mí pueda haber de bueno, comprensivo, trabajador y animoso, viene seguramente de mi hogar y de mis padres” (Yela, 1982).

Esa ironía estaba presente siempre en las poesías satíricas que escribía y recitaba habitualmente en celebraciones y homenajes. Pero su poesía no siempre era a modo de sainete. Con frecuencia era profunda y solemne. Si me permiten, si quieren a modo de “primicia”, quiero aprovechar la oportunidad para hacer públicos un par de poemas que escribió mi padre y nunca vieron la luz. Pasado un cuarto de siglo de su fallecimiento (y en la medida en que no mencionan a nadie concreto), creo que son perfectamente divulgables. A mí me parecen brillantes y conmovedoras, pero entiendo que quizá no sea la persona más objetiva del mundo a la hora de juzgarlas. En todo caso, ahí van:

Un año y otro más

Un año y otro más, días y días,
momentos que se van y ya no vuelven,
afanes que en el tiempo se disuelven,
ocios, trabajos, penas y alegrías.
La vida pasa.
¿Merece ser vivida nuestra vida?
¿Cuál es el sentido de la vida nuestra?
Un gesto amable, una sonrisa, un beso;
un ceño hostil, una palabra dura:
¿Qué tiene más verdad, y qué más peso?
¿Todo pasa? ¿Nada perdura?
¿Todo en el tiempo acaba, mudo y preso?
¿Dará igual violencia que ternura?”

Sí

Sí, amigos, compañeros, mis hermanos.
Sí a lo real, patente y tácito,
ilimitadamente descifrable.
Sí al césped y al asfalto.
Sí a las mudas fachadas de las casas anónimas,
salpicadas por el aire envidiado.
Sí, tras ellas, al hogar intocable
de los hombres sin rostro
que en un instante, al pasar, adivinamos.
Sí al tacto de la rosa
y a la aspereza del esparto.
Sí a la lluvia y al sol,
a la luz y a la noche,
al rojo, al gris y al blanco,
al palpitar del día
y al silencio del alba y del ocaso.
Sí a la estrella y al árbol
Sí al gusano y al águila y al hombre.

Denso y claro, el misterio del todo nos envuelve,
en él somos, vivimos, respiramos.
Del innegable sí de la existencia
se encienden nuestros ojos,
se tensan nuestras manos
Digamos sí. Más lejos,
por encima del no que nos acecha.

Porque hay también el no.
Hay que decir insobornablemente no
al mundo lacerado de dolor y de angustia,
de injusticia y rencor,
de tedio y de cansancio,
de lo feo y lo triste,
de lo falso y mendaz,
de lo incierto y lo siempre inacabado.
Pero sin olvidar que todo reposa
en el misterio del sí, perpetuamente renovado
Sencillas son nuestras raíces,
compañeros, amigos, mis hermanos.
Inevitablemente, las hemos complicado.
Digamos sí. Que somos.
Y, en vez de nada, hay algo.

De algún modo creo que reflejan bien lo que, después de lo expuesto antes, podríamos decir que constituían sus “actitudes de apertura”. Y su faceta creadora no acaba ahí; me limitaré a añadir un ejemplo, muy personal, pues entiendo que es la ocasión: durante los años de mi infancia, Mariano acudía con frecuencia, una vez me acostaba, a contarme un cuento. Hasta aquí no tiene nada de particular. Lo llamativo es que cada noche inventaba, sobre la marcha, un cuento distinto: eran los cuentos de “la camita viajera”. Hay que decir, no obstante, que como tipo inteligente que era, había elaborado una estructura general para que le resultara más sencillo: se trataba de una cama –naturalmente, aquella en la que yo dormía– que se hacía pequeña y se escapaba por debajo de la puerta y se iba volando a correr aventuras; lo que variaba cada noche era la aventura concreta que vivía; el final también era el mismo: nuestra camita dándose cuenta de pronto de lo tarde que era y volviendo a toda prisa a su habitación, para volver a hacerse grande justo en el momento en que los padres del niño entraban en la habitación a despertarle. Si cuento todo esto es, además de por resaltar una faceta humana de nuestro homenajeado, porque los cuentos de la camita viajera doy fe que han seguido vigentes, en esta ocasión conmigo mismo como narrador y mis hijos como audiencia, y esa es otra muestra de la vigencia de un legado.

Voy a acabar, ahora sí, contando un par de anécdotas que reflejan de modo fehaciente su forma de ser y su amor a la docencia: en el curso 1991-92, en un curso de doctorado sobre “Inteligencia, Conducta y Metaconducta”, que impartía nuestro homenajeado, por diferentes vicisitudes, nos matriculamos 4 personas (entonces aquello era mucho más frecuente: de hecho no recuerdo ningún curso de doctorado con más de 7 u 8 alumnos). El caso es que, por unos motivos u otros, incluyendo embarazos y accidentes, en un momento dado nos encontramos Don Mariano y yo, solos en clase, en una tesitura que iba a durar unos meses. No voy a decir lo que otros hubieran hecho en su lugar, pero sí diré que recuerdo con nitidez cómo me impartió el resto del curso, puntualmente, en su despacho de nuestra casa, él a un lado de su mesa, concentrado y solemne, y yo al otro, entre sorprendido y maravillado, tomando apuntes. Esa pasión por la docencia era tal, que le vimos (y a buen seguro no fue la única vez que lo hizo) encenderse un cigarrillo del revés, o directamente intentarlo con una tiza como encendedor: la exposición le arrastraba; lo demás era superfluo. Y esa pasión se dejó ver claramente en una carta dirigida al Rector, en 1994, poco antes de su fallecimiento, en la que le solicita seguir dando clases de forma no remunerada. Igual que con las poesías, la carta tiene ya tanto tiempo que me parece perfectamente publicable:

“Respetado Rector y querido amigo: recibí la carta que, conforme a la ley, me enviaste recientemente. Ya no seré profesor, al menos oficialmente, de nuestra Universidad. Me entristece la noticia, porque llevo cincuenta años dando clase. Me alegra, porque me ha recordado, de pronto, esa larga etapa de mi vida en la que ha habido algún que otro sinsabor, pero que está colmada de satisfacciones. He dado mucho a la Universidad. He recibido mucho más de ella. Como tengo escrito, mi trabajo ha sido tan grato y deseado, tan coincidente con mi vocación, que lo hubiera hecho incluso gratis. Ahora se presenta la ocasión. Te ofrezco, como he hecho con mi Decano y colegas, seguir dando un curso de doctorado, aunque la única retribución sea el gozo de seguir bregando con la ciencia y dialogando con los alumnos. Lo que sí hará falta es algún trámite administrativo para que mi firma en las actas sea válida. Gracias por tantas atenciones que he recibido de ti y un abrazo.”

La otra anécdota se produjo unos años antes, exactamente en el verano de 1988, cuando yo estaba entre segundo y tercero de carrera. Aquel verano tuve la suerte de poder disfrutar de una estancia en Inglaterra, en una familia nativa, con el objetivo de aprender bien el inglés. Entonces no había internet ni teléfonos móviles, y las conferencias por teléfono eran muy caras y poco operativas, por lo que el medio de comunicación era el correo postal que venía tardando unas dos semanas entre un país y el otro. Pues bien, a los pocos días de llegar recibo una carta de mi familia, que naturalmente habían enviado ya antes de irme sin que yo lo supiera, en la que mi madre y mis hermanas me daban todo tipo de consejos y recomendaciones. Mi padre, al final, simplemente añadió, literalmente: “aprende, contempla, goza, sé alegre y da alegría”. Poco más cabe añadir...

De todo lo anterior creo que queda suficientemente patente la vigencia del legado de Mariano Yela en la Psicología actual. Y si la calidad de una obra se distingue, entre otras cosas, por su permanencia en el tiempo, podemos decir que la obra de Yela fue, sin duda, de extraordinaria calidad, verdaderamente significativa y de genuino impacto.

Agradecimientos

Quiero dedicar estas líneas a María Concepción García Morán, mi madre, Catedrática de Pedagogía, y esposa de Don Mariano, sin la cual buena parte de la labor de nuestro homenajeado no habría sido posible.

Referencias

- Anguera, M.T. (1995). Recuerdos de D. Mariano Yela. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 48(4), 435-436.
- Forteza, J.A. (1995). Mariano Yela y la Psicología del Trabajo. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 48(4), 553-559.
- Franzoi, S.L. (2007). *Psicología Social*. McGraw-Hill.
- Pereña, J. (2007). *Una tea en la psicometría española*. TEA Ediciones.
- Velado, L.A. (2014). Filosofía y Psicología de la Felicidad: aplicaciones educativas. *Revista de Educación y Futuro Digital*, 9, 3-16.
- Yela, M. (1949). The application of the principle of simple structure to Alexander's data. *Psychometrika*, 2, 121-135.
- Yela, M. (1956). *Apuntes de Psicometría y Estadística* [Manuscrito inédito]. Escuela de Psicología y Psicotecnia, Univ. de Madrid.
- Yela, M. (1957). *La técnica del análisis factorial, un nuevo método de investigación en Psicología y Pedagogía*. Biblioteca Nueva.
- Yela, M. (1967). *Educación y Libertad*. Banco de Vizcaya.
- Yela, M. (1970). Logos y diálogos. En VV.AA. *Homenaje a X. Zubiri* (Tomo II, 734-774). Moneda y Crédito.
- Yela, M. (1974). *La estructura de la conducta: estímulo, situación y conciencia*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Yela, M. (1979). El mundo visto desde la tercera edad. En J. Marias y otros, *Higiene preventiva en la Tercera Edad* (219-249). Karpos.
- Yela, M. (1980). Libre desarrollo de la personalidad en un espacio social compartido. En J. Marias y otros, *Libertades personales y convivencia social* (pp. 37-58). Karpos.
- Yela, M. (1981). Ambiente, herencia y conducta. En VV.AA (Eds.), *Psicología y Medio* (pp. 69-104). Centro de Estudios de Ordenación del Territorio y Medio Ambiente. Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.
- Yela, M. (1982). Esbozo de autobiografía. *Revista de Historia de la Psicología*, 3(4), 281-332.
- Yela, M. (1986). El hombre, el azar y la necesidad. *Cuadernos de Ciencias del Hombre*, 7, 29-39.
- Yela, M. (1987a) *Estudios sobre inteligencia y lenguaje*. Pirámide.
- Yela, M. (1987b). *Reflexiones de un psicólogo sobre el sentido de la conducta humana*. Discurso de investidura como Doctor “honoris causa” de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- Yela, M. (1987c). Toward a unified Psychological Science: The meaning of behaviour. En A.W. Staats & L.P. Mos (Eds.), *Annals of Theoretical Psychology* (pp. 241-274). Plenum Press.
- Yela, M. (1989a). Unidad y diversidad de la Psicología. En J. Mayor y J.L. Pinillos (Eds.), *Tratado de Psicología General. Vol. 1: Historia, Teoría y Método* (pp. 71-92). Alhambra.
- Yela, M. (1989b). La mirada hacia atrás: la sabiduría como experiencia de la vida. *Anales del I Simposio de Gerontología de Castilla y León* (pp. 297-305). Editorial San Esteban.
- Yela, M. (1991). Personalidad y mundo en la vejez. *Jornadas Anciano y Sociedad* (pp. 111-139). Consejería de Emigración y Acción Social.
- Yela, M. (1992). Conducta animal y metaconducta humana [Conferencia de apertura]. *I Congreso Internacional: El hombre y los animales de compañía* (pp. 17-35). Fundación Purina.
- Yela, M. (1994a). Las ciencias humanas. Psicología, Sociología, Pedagogía. En R. Menéndez Pidal (Ed.), *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal: La Edad de Plata de la Cultura Española (1898-1936)*. Tomo XXXIX, Volumen II (pp. 255-307). Espasa-Calpe.
- Yela, M. (1994b). El problema del método científico en Psicología. *Anuario de Psicología*, 60, 3-12.
- Yela, M. (1994c). Yo y mi cuerpo. *Arbor*, 580, 31-49.
- Yela, C. (1996). Mariano Yela: mi padre, mi amigo, mi maestro. *Psicothema*, 8, Supl., 13-42.
- Yela, C., y Yela, M.I. (2009). Mariano Yela: de la portería de Lavapiés a la Academia. En M. Ordóñez (Ed.), *Psicología del Trabajo* (pp. 78-98). Pearson-Prentice Hall.